

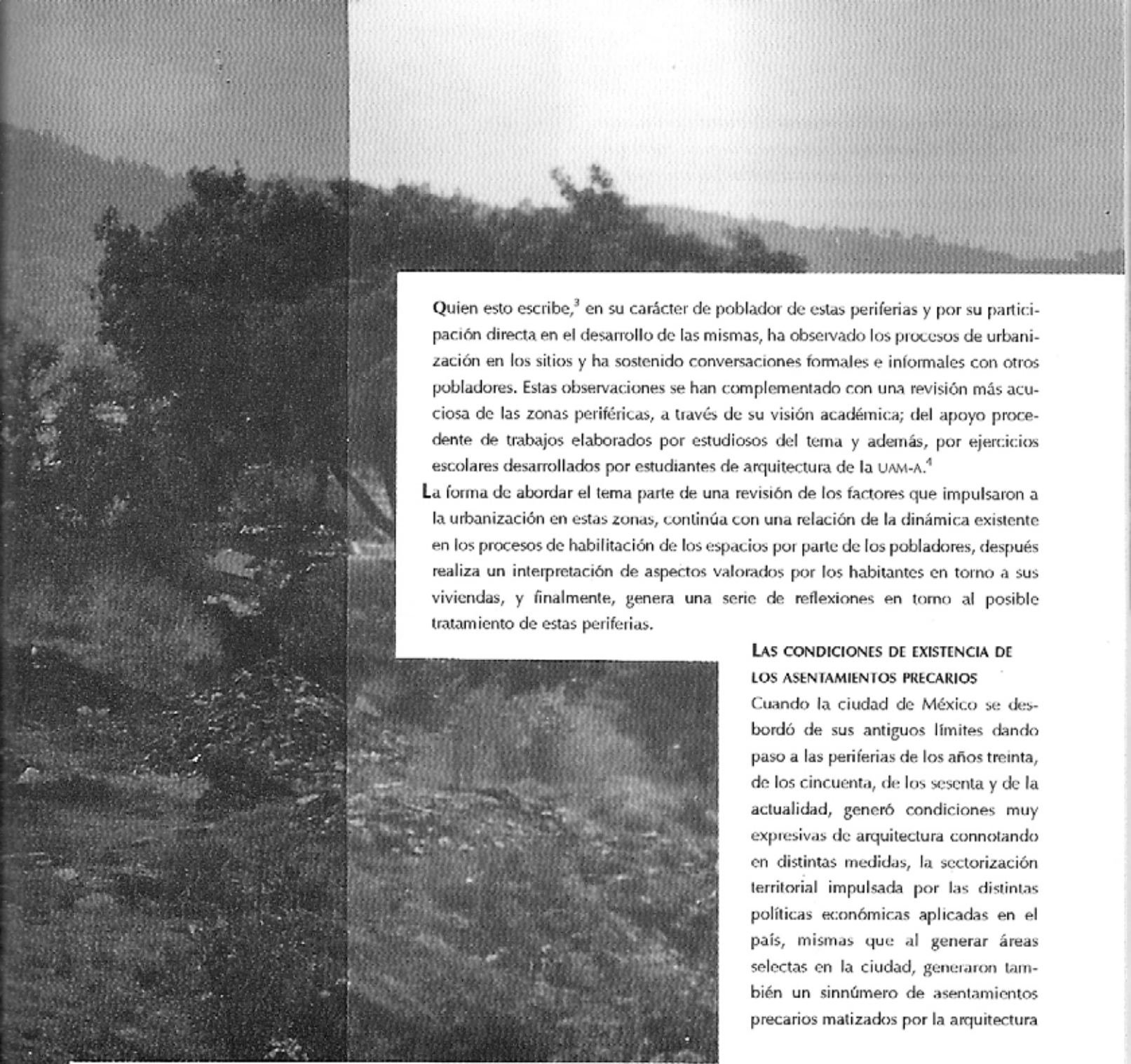
Si se pudieran caracterizar las tendencias de la arquitectura en la ciudad de México por el promedio en la calidad de la arquitectura generada en todo el conjunto y no por las obras aisladas se encontraría que la ciudad presenta como tendencia dominante la arquitectura de la pobreza. Esta arquitectura que hoy y en otros tiempos se ha desarrollado en las periferias, que se reprodujo sin la asesoría de profesionales de la construcción, que se generó a través de los esfuerzos de sus habitantes, aparte de dominar en el conjunto de la ciudad, en su realización y uso, ha desarrollando una serie de situaciones que requieren ser valorados desde otra perspectiva. Innegablemente, la reproducción de estos asentamientos de ninguna manera es deseable, sin embargo a pesar de la multitud de estudios que sobre ellos se han producido —en ocasiones como moda intelectual—, las experiencias de estos estudios no han sido suficientemente aprovechadas y se han olvidado, por lo que, no se generan instrumentos que pudieran elevar la calidad proyectual de estos asentamientos que, considerando las actuales condiciones económico sociales, continuarán produciéndose. La práctica de resaltar la arquitectura excelsa, aquella que ocupa partes selectas tanto de la ciudad como de los tratados y revistas de arquitectura, ha minimizando los valores que tiene la arquitectura de las periferias,¹ donde, a la vez que se muestran aspectos contradictorios del desarrollo social, esta arquitectura, se devela como

historia social, cultura de materiales, manifestación de las aspiraciones sociales y de los esfuerzos desplegados, así como de sentimientos humanos (alegrías y sufrimientos), etc.² De ahí el interés del presente trabajo en destacar algunas particularidades poseídas por esta arquitectura, que siempre ha sido el otro aspecto del desarrollo contradictorio de la ciudad de México, buscando destacar elementos que si bien de conocimiento común, pudieran propiciar algunas reflexiones que permitan generar otra posición frente a ésta.

¹ Paolo Portoghesi, con respecto a esa forma de exaltar a las grandes obras asienta: "Esta simplificación —que nos lleva a sobrevalorar la aportación histórica de las grandes personalidades creadoras y a disminuir o anular la contribución colectiva a la transformación de la ciudad y al valor de la cultura de cada lugar— se ha revelado práctica para el crecimiento y el desarrollo del Movimiento Moderno, que se basa en la reivindicación, por parte de un pequeño grupo

de intelectuales de naciones más desarrolladas industrialmente, del establecimiento de un conjunto de reglas universales para la investigación arquitectónica capaces de garantizar la adecuación del nuevo método con el 'espíritu de los tiempos'." (Paolo Portoghesi, *Después de la arquitectura moderna*, Barcelona, Gustavo Gili, 1984, pp. 31-32).

² Alberto Saldarriaga refiriéndose a ésta situación señala: "En términos políticos la arquitectura profesional es una parte significativa de los sistemas de poder y su lugar se expresa (...) a través de mecanismos de control del espacio social y a través del manejo de la producción y distribución de ese espacio. El poder social de la arquitectura contemporánea deriva de su participación en el ejercicio del poder y se proyecta directamente sobre la cultura colectiva. El poder cultural de la arquitectura deriva por el contrario, de su lugar en la vida de las comunidades que pueblan la tierra y se representa en el significado que el espacio tiene en la conciencia colectiva e individual y en los sistemas culturales de conocimiento y manejo de ese espacio" (Alberto Saldarriaga Roa, *Arquitectura para todos los días*, Bogotá, Universidad Nacional, 1988, p. 37).



Quien esto escribe,³ en su carácter de poblador de estas periferias y por su participación directa en el desarrollo de las mismas, ha observado los procesos de urbanización en los sitios y ha sostenido conversaciones formales e informales con otros pobladores. Estas observaciones se han complementado con una revisión más acuciosa de las zonas periféricas, a través de su visión académica; del apoyo procedente de trabajos elaborados por estudiosos del tema y además, por ejercicios escolares desarrollados por estudiantes de arquitectura de la UAM-A.⁴

La forma de abordar el tema parte de una revisión de los factores que impulsaron a la urbanización en estas zonas, continúa con una relación de la dinámica existente en los procesos de habilitación de los espacios por parte de los pobladores, después realiza un interpretación de aspectos valorados por los habitantes en torno a sus viviendas, y finalmente, genera una serie de reflexiones en torno al posible tratamiento de estas periferias.

LAS CONDICIONES DE EXISTENCIA DE LOS ASENTAMIENTOS PRECARIOS

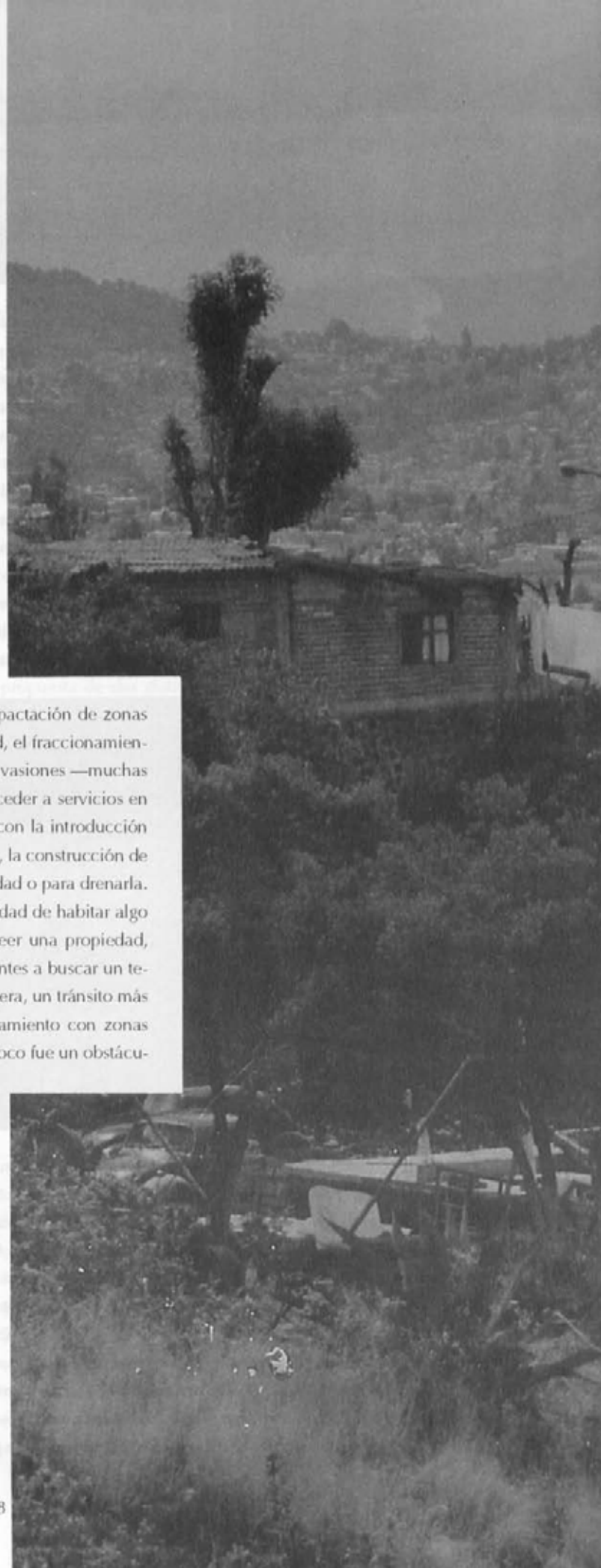
Cuando la ciudad de México se desbordó de sus antiguos límites dando paso a las periferias de los años treinta, de los cincuenta, de los sesenta y de la actualidad, generó condiciones muy expresivas de arquitectura connotando en distintas medidas, la sectorización territorial impulsada por las distintas políticas económicas aplicadas en el país, mismas que al generar áreas selectas en la ciudad, generaron también un sinnúmero de asentamientos precarios matizados por la arquitectura

³ Este ensayo es parte de un subcapítulo del trabajo denominado: "Determinantes económico sociales y producción urbano arquitectónica. La ciudad de México en el periodo 1929-1994", el cual se trabaja como tesis doctoral en la Facultad de Arquitectura de la UNAM.

⁴ Esta forma de asumir la realidad nos llevó a observar muy de cerca: la urbanización de las chinampas de Iztacalco, la colonización de Nezahualcōyotl, la ocupación de zonas otrora agrícolas en Iztapalapa, la extensión de la ciudad hacia zonas agrestes como Caracoles, Tlupetlac y Ecatepec. En esa misma vía, trabajos desarrollados por los estudiantes de la uam-a, durante los trimestres "P" y "Q" de 1994, se situaron en las colonias: Oriental, Pantitlán, Xalpa, La Perla, Jorge Jiménez Cantú, El Molinito, La Cañada, Olímpica, Ampliación Olímpica, Lomas de Chamapa, Lomas de Guadalupe, Granjas, Loma Linda, Cuauhtepic, Ampliación Caracoles, Pirules, La Estrella, San Agustín, Jalalpa, Santa Lucía, La Mora, Gabriel Hernández, Martín Carrera, Valle de los Reyes, etc. En estas colonias, junto a la descripción de la zona y de las viviendas se aplicó un cuestionario a los jefes de familia, donde destacaban las preguntas en relación con: lugar de origen, ocupación, tiempo de habitar el lugar, condiciones del lugar a su llegada, los primeros espacios habitables conformados, quién determinó el acomodo de los espacios, duración de la obra, la parte más significativa, el espacio más desagradable, arreglos deseados para un futuro y viviendas de la zona que hubieran gustado habitar.

común. Si bien en condiciones generales estos asentamientos procedieron de la dinámica económica seguida por el país, ya más específicamente fueron impulsados por otros factores, de los que se pueden destacar: primero, la incapacidad de la ciudad antigua para soportar el crecimiento natural y los flujos poblacionales que sucedieron desde la segunda década del presente siglo. Segundo, la condición cultural de ciertos habitantes de la ciudad, que motivó a algunos grupos a buscar una propiedad para resolver no sólo su necesidad de un techo, sino también para afianzar ciertos niveles de seguridad familiar y ofrecer un patrimonio a su descendencia. Tercero, las posibilidades fortuitas o buscadas por la población, para acceder a un pedazo de tierra, impulsadas por la habilitación de grandes extensiones de suelo otrora lagos, bosques o zonas de cultivo. Y, finalmente, las bondades ofrecidas por los nuevos materiales de construcción como el concreto, el acero y el tabique; o en su caso, los habilitados como materiales de construcción, pero procedentes de los desechos industriales.

La incapacidad de la ciudad antigua, desde principios de siglo, para proporcionar vivienda a los nuevos habitantes, fue cubierta, a través de la desecación del lago de Texcoco, la compactación de zonas pantanosas, la ocupación de zonas boscosas aledañas a la ciudad, el fraccionamiento de tierras pertenecientes a ejidos o haciendas,⁵ las continuas invasiones —muchas de ellas impulsadas por el partido oficial—, la posibilidad de acceder a servicios en tiempos relativamente cortos, etc. Todo este proceso se afianzó con la introducción de grandes obras de infraestructura como el entubamiento de ríos, la construcción de vías de comunicación y las redes para abastecer de agua a la ciudad o para drenarla. En cuanto a las condiciones culturales de la población, la necesidad de habitar algo propio, el arraigo a la tierra, además de la “seguridad” de poseer una propiedad, fueron condicionantes que empujaron a millones de estos habitantes a buscar un terreno para poder autoconstruir su casa y garantizarse, de esa manera, un tránsito más estable al interior de la ciudad.⁶ No importó mucho el enfrentamiento con zonas agrestes frente a la necesidad de hacerse de una propiedad, tampoco fue un obstácu-



que tales rasgos no sólo abarcaron a los habitantes de

⁵ En la carta del Distrito Federal de 1900, elaborada por el geógrafo Miguel Arriaga, se registra la existencia de 111 ranchos o haciendas, en lo que hoy sería el área urbana de la ciudad de México, entre los principales se encuentran: Sta. Mónica, Echegaray, San Mateo, Condesa, Sayaavedra, Risco, Chapingo, Rosario, Pantaco, Sotelo, Morales, La Teja, Buenavista, San Jacinto, La Castañeda, Mayorazgo, Copilco, Taxqueña, Cotepinco, Coapa, Ansaldo, Acozpan, Tenorio, Peña Pobre, San Fernando, Peñón Viejo y Santa Marta (Miguel Arriaga, *Carta del Distrito Federal 1900*).

⁶ Aquí la acción que lleva a buscar la posesión de un terreno no sólo es condición cultural sino también condicionante económica. La escasez de recursos enfrentada por estos grupos de habitantes, tornan



lo el que con el paso de los años la propiedad —junto con el nivel de vida—, tanto por sus problemas como por los esfuerzos desplegados, alcanzara niveles de mayor precio si se les compara con los costos de la vida en otros lugares de la ciudad.

Finalmente, el auge asumido por la industria en general, la proliferación de zonas industriales en todos los puntos de la ciudad y la aparición de grandes tiraderos, en un primer momento proporcionaron los primeros materiales a muchos de aquellos asentamientos; en un segundo momento, el catalizador fue el desarrollo de partes importantes de la industria de la construcción, casos particulares fueron la proliferación de las tabiquerías situadas a los lados de la carretera a Puebla en Iztapalapa, en Zacatenco, o en El Llano, cerca de Santa Clara Ecatepec, al norte de la ciudad, condición aunada al auge cobrado por las fábricas de láminas, acero y cemento. Estos materiales de construcción —habilitados o como tales— fueron aprovechados por la población para edificar de una manera muy sencilla sus viviendas. Así, con esas condicionantes, se fueron consolidando cientos de colonias de origen proletario alrededor de la antigua ciudad, pero principalmente al oriente y al norte.



LA DINÁMICA DE LA AUTOCONSTRUCCIÓN

Al iniciar la construcción de estas viviendas y no contar con la asesoría de profesionales, la lógica del proyecto siguió la fuerza de la necesidad y de la disposición de recursos,⁷ el proceso harto conocido principia cuando aparecen los asen-

sus formas de sobrevivencia difíciles, de manera que para poder consolidarse como familias y como miembros de la sociedad, tienen que ir posibilitando y consolidando un nivel de acumulación de recursos familiares, que les permitan acceder a mejores condiciones de subsistencia; esa acumulación puede ser en ahorros, en objetos materiales, en inversiones, en algún negocio, en estudios, o en este caso, en un terreno. En ese sentido, mejores condiciones materiales pueden permitir a estos sectores y su descendencia enfrentar en mejores condiciones la realidad; por supuesto esta condición que implica en muchos casos un ascenso social, no está abierto para todas las familias, en tanto ese ascenso, por la estructura económica que lo sustenta, se va haciendo reducido.

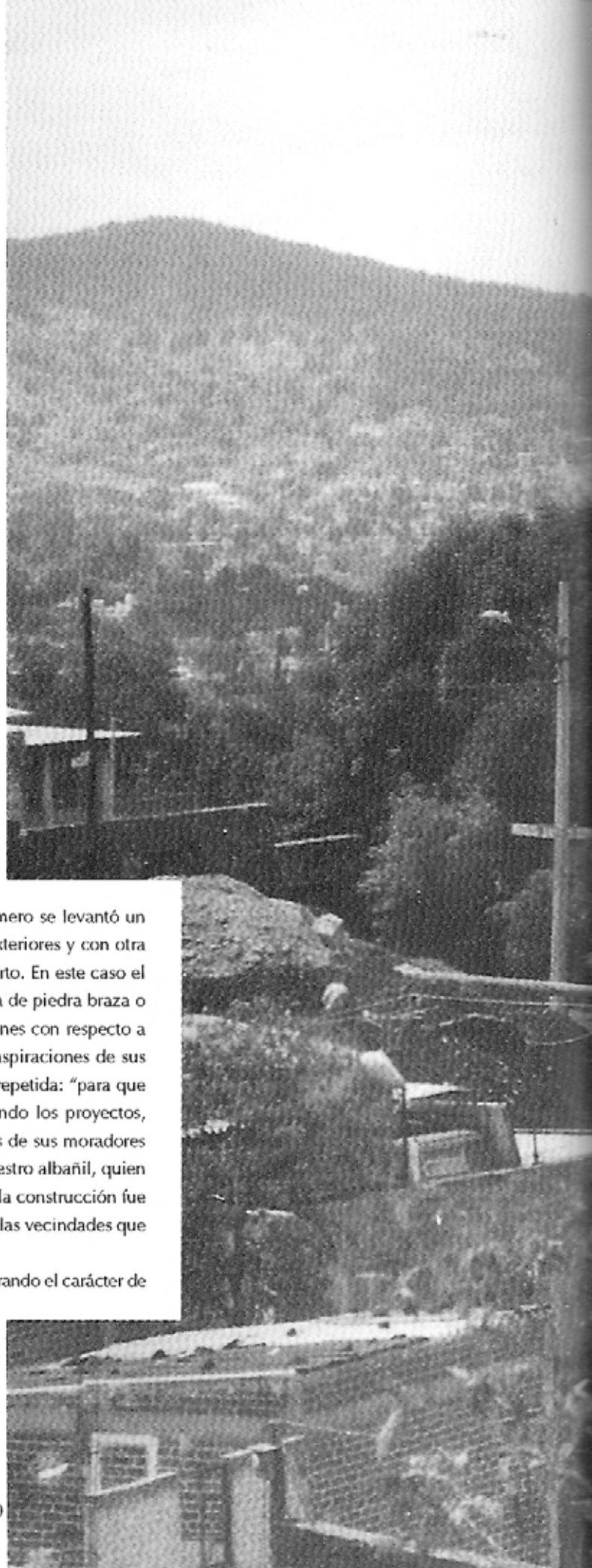
⁷ Algo paradójico en las zonas periféricas es el mayor costo en la edificación de las viviendas, comparándolo con el costo de las construidas en los mercados formales; la diferencia se da porque las viviendas se construyen por partes y se van dejando preparaciones para ir sumando cimientos, muros, losas, etcétera. Se malgastan materiales y tiempo, a la vez que se disminuye la resistencia de la estructura en su conjunto. También se incrementa el costo de las viviendas porque la gente en estos asentamientos va adquiriendo al menudeo los materiales utilizados para construir.

tamientos como resultado de una compra de predio o como invasión, para posteriormente iniciar el tortuoso camino de edificar la vivienda. Cuando la situación procedió de una operación de compra, en condiciones no tan irregulares, el proceso de construcción fue más fluido, pero cuando la construcción procedió de una invasión, el proceso fue más lento pues se tuvo que realizar una regularización del predio que se llevó dos, cuatro, diez, quince años, dependiendo de las fuerzas que incidieron en la posesión del terreno. La imposibilidad de contratar los servicios de un profesional para proyectar la vivienda y para construirla, fue cubierta por un proceso que respondió a la perspectiva que se tuvo de los espacios, la urgencia de cubrir las necesidades y el esfuerzo que cada uno de los integrantes de las familias sumó a la edificación. Sobra señalar que en este proceso se generó una relación muy estrecha entre los habitantes y su hábitat, situación que generó otras determinantes entre sus pobladores. En esta situación, viviendas y habitantes adquirieron un mismo desarrollo condicionándose unas a otros; de ahí que exista un fuerte factor de arraigo entre pobladores de estas zonas y sus viviendas.

Después de habilitar el terreno, se construyeron como áreas provisionales un cuarto y un baño, luego se inició el proceso de proyectación y de construcción, el cual —como ya se señalaba—, se realizó conforme se fueron teniendo asegurados los recursos para adquirir los materiales necesarios, comprados por partes en las casas de materiales que se instalaron al mismo tiempo que el asentamiento.

La organización de los espacios generalmente fue la misma; primero se levantó un cuarto con una puerta que sirvió para comunicarse con áreas exteriores y con otra que quedó dibujada y que serviría para acceder a un futuro cuarto. En este caso el o los cuartos se levantaron sobre una pesada cimentación hecha de piedra brasa o de concreto, la cual si bien por regla asumió sobradas dimensiones con respecto a la vivienda que finalmente soportó, su concepción mostró las aspiraciones de sus constructores a futuro, resumidas en la plegaria continuamente repetida: “para que aguante dos pisos”. En cuanto al carácter que fueron adquiriendo los proyectos, generalmente rememoraron las formas de las antiguas viviendas de sus moradores o, en su caso, surgieron de los consejos brindados por algún maestro albañil, quien pudo provenir de la misma familia. Cuando sucedió lo primero, la construcción fue presentando referentes que provinieron de la vivienda rural o de las vecindades que en otros años habitaron estos pobladores.

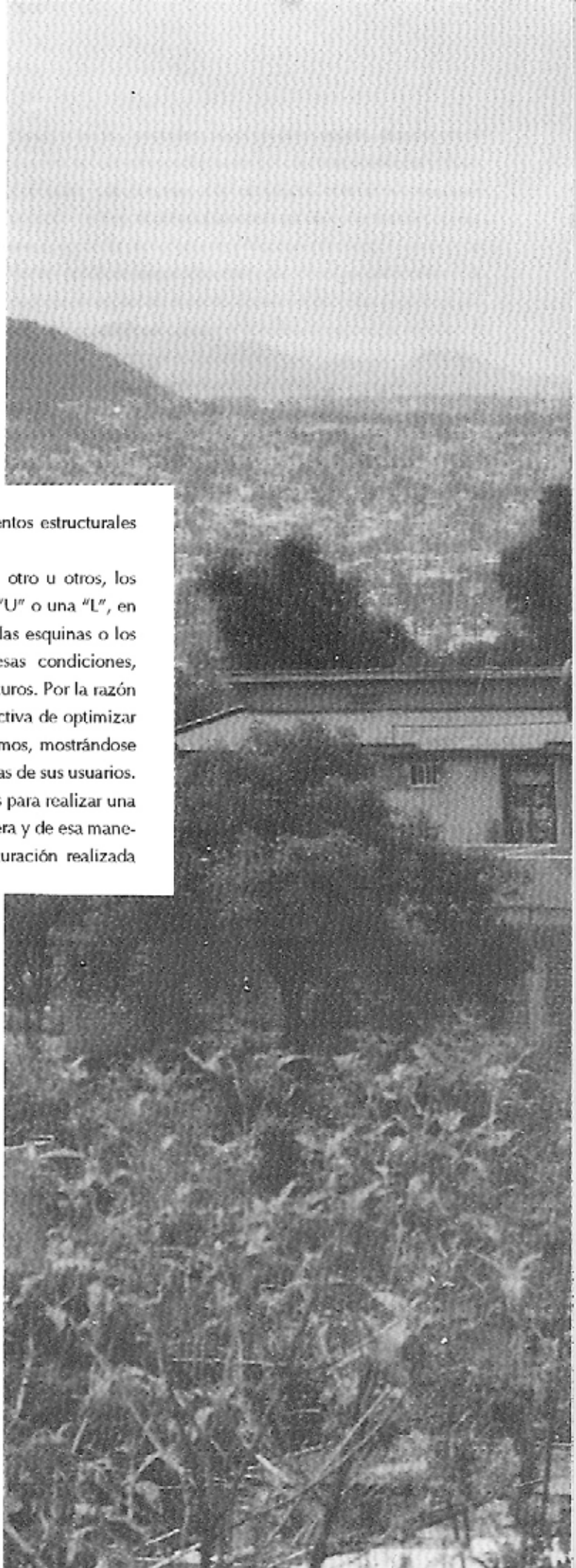
Como espacios necesarios para hacer habitable la vivienda—superando el carácter de cuarto redondo—, se generó un anexo al primer cuarto, el cual fue utilizado como cocina y un tiempo también como comedor, en esa misma vía y en tanto se definieron los espacios, al frente del predio y a un lado de la fuente de agua potable —tambos o cisternas, llenados primero con pipas y después con el inmisericorde grifo—, se dejó un espacio para el lavadero



y en alguna parte alejada del núcleo principal, se construyó la letrina, la cual al sobrepasar su volumen, fue mudada a otros sitios hasta encontrar conexión con los tubos del drenaje que después de varios años fueron introducidos por los mismos habitantes de la zona. En la mayoría de los casos, los cuartos fueron dejando preparadas varillas para continuar —en mejores tiempos o al menos en iguales— con el añadido de cadenas, castillos o losas, y de esa manera, dejar abiertas las posibilidades de ampliar la vivienda con otro u otros cuartos ya sea en planta baja o en planta alta, adelantándose o ajustándose al crecimiento de la familia. Por supuesto cuando no hubo previsión y no se dejaron aquellas preparaciones, o porque con el tiempo éstas se hicieron inservibles, se procedió a romper castillos, losas, o los mismos muros, para poder amarrar nuevas varillas y continuar con los nuevos elementos estructurales que servirían para ampliar las condiciones de habitabilidad.

Después del primero o de los primeros cuartos, se continuó con otro u otros, los cuales fueron siguiendo los límites del terreno hasta formar una "U" o una "L", en esa forma de crecer se fueron dejando ahogados los cuartos de las esquinas o los cuartos construidos al fondo del terreno; los cuartos con esas condiciones, quedaron a la posterioridad como espacios húmedos, fríos y oscuros. Por la razón de que los proyectos se fueron realizando al día y en una perspectiva de optimizar el terreno, los pasillos lejanamente cubrieron los requisitos mínimos, mostrándose como pasos de una estrechez similar a las posibilidades económicas de sus usuarios. Al paso de los años, cuando la familia creció y contó con recursos para realizar una ampliación, se buscó el lugar más adecuado para colocar la escalera y de esa manera, iniciar un nuevo proceso de ampliación; se siguió la estructuración realizada desde abajo, donde los muros marcaron las nuevas posibilidades. Las escaleras —generalmente a la intemperie—, tuvieron que seguir al proyecto, resultando elementos también estrechos y en la mayoría de los casos con peraltes altos, con huellas cortas y por lo tanto con amplias pendientes.

Algo que hay que destacar en este tipo de construcciones, es el tiempo de ejecución, desde que se empezó a habilitar el terreno hasta que se concluyó la vivienda. Como ya se señalaba, el periodo de construcción dependía de la situación de regularidad de la propiedad y de las condiciones económicas de sus moradores. De ese modo, el periodo de construcción fluctuó entre lapsos cortos de dos o cuatro años y periodos de treinta o cuarenta años, incluso algunas no se terminaron. En muchos casos, las posibilidades de crecimiento de las viviendas afloraron cuando los jefes de familia lograron colocarse en un buen trabajo o cuando los hijos crecieron y empezaron a trabajar. Existieron otros elementos que influyeron en el crecimiento de estas viviendas, como el paso o la estadía de amigos o de ramificaciones familiares, quienes se sumaron a las familias originales dentro de la misma vivienda; en el primer caso pudieron ser familiares y amigos provenientes de



los lugares de origen de los primeros núcleos y en el segundo caso, pudo ser resultado del desdoblamiento de las mismas familias; en ambos casos, se acrecentaron las viviendas, aunque sólo haya sido en densidad.

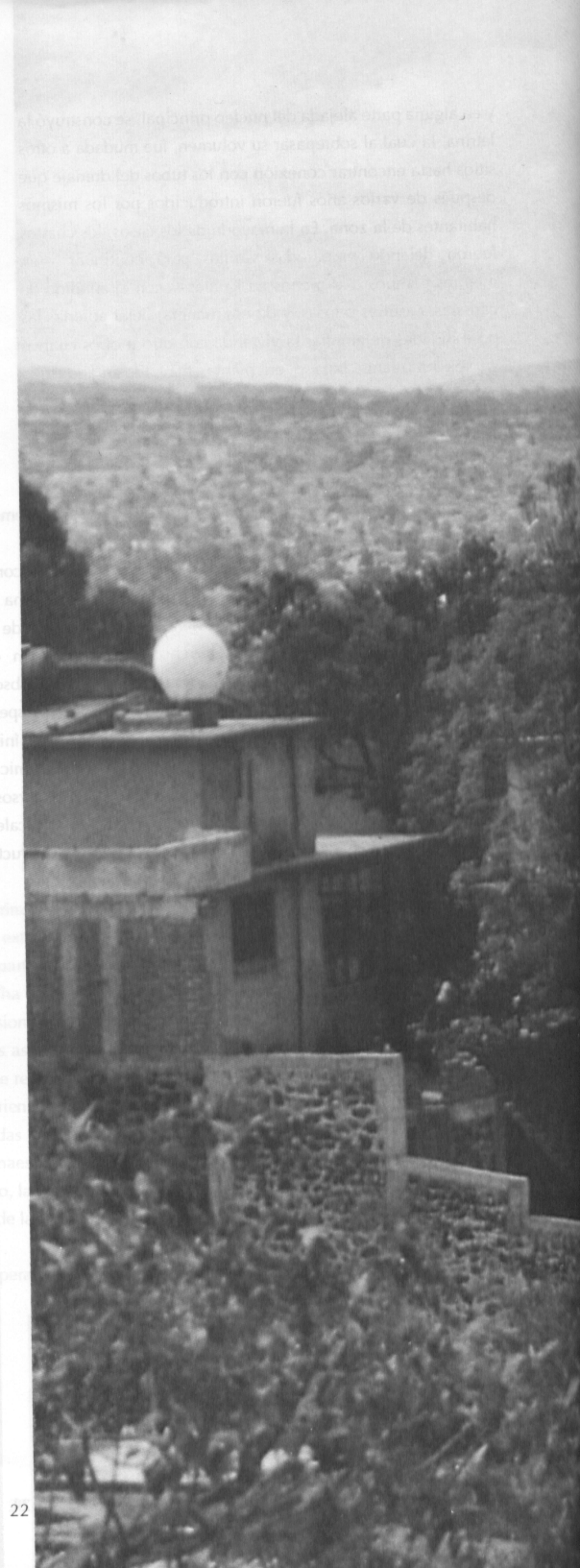
EL SIMBOLISMO EN LAS VIVIENDAS AUTOCONSTRUIDAS

Algo característico en los estilos de vivir de las periferias, que fue moldeando algunos de sus espacios, son las reminiscencias a las manifestaciones culturales de los lugares de origen de sus pobladores; esta condición imprime determinadas cualidades a las viviendas permitiendo a sus moradores, transitar de sus viejos estilos de vida a los nuevos,⁸ estas manifestaciones que pueden tener origen religioso o no, agregan a las viviendas determinadas cargas simbólicas, que permiten un mayor arraigo.⁹ Otra cuestión importante que no puede dejarse de lado en buena parte de estas zonas, es la construcción de altares, reminiscencias de los santuarios de los lugares de origen de sus impulsores o, de los altares existentes en sus viviendas anteriores; estos altares, por el carácter divino y protector de la imagen a quien son dedicados, suelen ser los mejor contruidos, los mayormente decorados y en ocasiones los mejor localizados, en tanto el protector les permitió insertarse en la ciudad, porque después van desapareciendo.

Otro elemento con una amplia carga simbólica, es la recurrencia a algunas soluciones arquitectónicas con las que los pobladores se relacionaron en otros tiempos; un caso es la colocación de portales, como reminiscencia de los existentes en las viviendas provincianas; rememoran elementos como la

⁸ Dentro de la forma de entender y enfrentar la realidad, ocurre que la población agregada a la ciudad como producto de migraciones, encuentra una ciudad hostil con nuevos patrones de comportamiento y nuevos valores; en ese sentido, el reconocimiento de su posición como migrantes y su constante defensa frente al exterior, aunados al reconocimiento y defensa de sus tradiciones, son elementos que se anteponen a la agresión, en tanto se sumergen dentro de las formas de vida de la ciudad.

⁹ Cabe señalar que el arraigo con la ciudad tiene una relación muy fuerte con la forma en que los pobladores se van insertando dentro de los espacios de trabajo, los papeles que van adquiriendo dentro de sus comunidades, la forma de escalar los niveles sociales, etc.; en este caso, son los más jóvenes o los mejor preparados, quienes más fácilmente se integran a los estilos de vida de la ciudad. Con referencia a la forma en que un buen número de migrantes se integra a la ciudad, se puede consultar a: Larissa Adler, de L., *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI, 1984; Lourdes Arizpe, *Migración, etnicismo y cambio económico*, México, COLMEX, 1978 y H. Muñoz, et al. *Migración y desigualdad en la ciudad de México*, México, UNAM-COLMEX, 1977.



hamaca, la silla, la banca, y la mesa adornada con la bebida favorita —té, café, pulque, caña, cerveza, etc.— donde, como en antaño, reciben los últimos rayos del sol al caer el día, y a los amigos y familiares que llegan a visitarlos. Estos portales que sustituyen la palma, las tejas o el tejamanil, primero fueron contruidos con algunas láminas y después alargando la marquesina y montándola sobre algunas columnas. Estos portales, si bien no pudieron parecerse a los de antaño, protegieron a sus propietarios de las primeras inclemencias del tiempo en la ciudad, para posteriormente desaparecer, a consecuencia de la ampliación de las espacios de habitación.

Una situación destacada es la existencia de espacios verdes y floridos; en éstos alojan flores de mil colores y de añeja tradición como bugambilias, gladiolas, margaritas, alcatraces, rosas, geranios, girasoles, violetas, así como plantas medicinales tales como yerbabuena, ruda, santamaría, manzanilla, epazote, siempreviva, sábila, etc., las que al utilizarse en infusiones y untos, evitan visitas al médico en tanto que les permiten —con la ayuda de la divina providencia— la cura de algún tipo de malestar.

En una remembranza de las parcelas, otrora su hábitat y sustento, en alguno de estos espacios, aparecen sembrados: frijol, calabaza, chayote, jitomate, quelites, chile o matas de maíz; en esa misma condición, pero en una situación mayormente inducida por la posibilidad de completar el gasto familiar, pueden encontrarse espacios dedicados a la cría de gallinas, puercos, guajolotes, patos, conejos o cualquier animal comestible y fácil de reproducir; estos animales se van “engordando” con algún alimento *exprofeso* o con residuos de comida, para posteriormente ser vendidos o bien, ser convertidos en el principal ingrediente de alguna fiesta, en la que también se mostrarán algunos de los elementos pertenecientes al pasado de sus celebrantes.

Aquellas y otras condiciones concurren para sumar determinadas características a las viviendas como resultado de la autoconstrucción. Una condición recurrente es la identificación y el gran sentido de pertenencia de sus habitantes con cada uno de sus espacios sobre todo cuando estas casas fueron contruidas y habitadas por ellos mismos a lo largo de un periodo significativo de su vida. Al cuestionarse a sus propietarios sobre las cualidades y defectos de sus viviendas, las respuestas pueden destacar más las primeras que los segundos, de hecho los defectos en sus viviendas casi no existen. De complementar el cuestionamiento solicitándoles su opinión en relación a la calidad de otras viviendas con respecto a las suyas, éstos acaban haciendo la comparación con los contenidos de sus casas, concluyendo en que si bien no es la mejor, no la cambiarían porque ella se construyó bus-

cando atender las necesidades de las familias, porque en su construcción participaron todos y cada uno de sus miembros, y porque en ella, con todas sus tristezas y alegrías, sus pobladores han realizado toda su vida o parte de ella.

Aquí aparece lo simbólico de estas construcciones frente a sus habitantes. A juicio de un arquitecto, de un esteta y sobre todo de la justicia social, muchas de estas viviendas podrían tener valoraciones por demás negativas en cuanto a la calidad de sus espacios y de sus condiciones de habitabilidad. Si se consideran no sólo las condiciones de las casas al interior, sino también las de los contextos que las rodean, innegablemente muchas de estas viviendas no se pueden seguir reproduciendo en la ciudad, por su falta de planeación y por las condiciones difíciles que siempre las han rodeado. Sin embargo una condición que no se puede olvidar es que éstas contienen una serie de valores procedentes de la forma en que sus habitantes las proyectaron, las construyeron, las ambientaron, las disfrutaron y las sufrieron.

A la posibilidad de mejorar las periferias, sin duda concurren desde las condiciones estructurales hasta la complementación de la perspectiva de sus pobladores, pasando por el cambio de actitud de diversos profesionales, incluidos los arquitectos, con respecto a su forma de caracterizar y de plantear alternativas de solución. Una primera condición necesaria es la de mantener un respeto a las formas culturales de los grupos poblacionales; en ese sentido, tal vez lo adecuado no sea proponer cambios en las concepciones de éstos habitantes, sino incidir en propuestas que complementen aquellas formas. Una segunda condición podría ser continuar insistiendo en la posibilidad de desarrollo profesional en estas comunidades. Es decir, que se llegara a un arreglo conveniente entre el arquitecto y los habitantes que lo contraten de manera comunitaria y mediante un intercambio de valores reales, ya que “los profesionales también comen”. Una tercera y última podría ser la acción institucional sin posturas paternalistas —y con apoyos— posibilitando instrumentos que permitan mejoras desde las comunidades. Tal vez no son suficientes las visitas sexenales sino que es necesario un apoyo preventivo, a través de la difusión de cartillas de diseño urbano y de vivienda; y el suministro de principios de urbanismo y de proyectación de vivienda en escuelas elementales, no con la idea de reproducir los asentamientos, sino tal vez, la de generar su control desde éstos mismos.